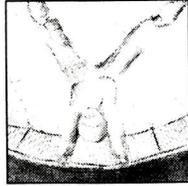


# **La ciudad y sus barrios\***

---

**Sergio Tamayo Flores-Alatorre**



Cuando vi este libro por primera vez, su título, *La ciudad y sus barrios*, me hizo pensar de inmediato que tenía que ver con identidades, tema del que, algunos de nosotros, estamos *asidos* apasionadamente. Al escudriñarlo me dije, que en efecto, este texto era básico para profundizar en el debate sobre identidades y cultura urbana.

Me sorprendió la cantidad de textos ahí expuestos, 23 en total y cuatro de comentarios. Esto hace del libro un enorme mosaico de interpretaciones sobre esta particularidad de los estudios urbanos. La presentación, la introducción de José Luis Lee, así como los comentarios de los cuatro profesores incluidos al final del libro, explican excelentemente su contenido autor por autor y destacan a su vez los elementos de discusión que sobresalen de las ideas de sus ponentes.

La intención primaria de publicar este libro, expuesta por los compiladores, es profundizar el conocimiento de lo que es un barrio, sus significaciones históricas y presentes, el papel de estos en la conformación de las ciudades, las determinaciones en el surgimiento del barrio, de sus transformaciones, de sus propuestas de ciudad. Creo que el libro logra alcanzar tales expectativas.

En la obra hay una gran diversidad de ideas sobre lo que un barrio debiera significar. Pero, en lo que parecen coincidir todos es que la ciudad se hace a partir de sus barrios. Y esta es una premisa que habla, antes que cualquier otra distinción, sobre las ciudades como escenarios y objetos de la acción humana. Las ciudades las hacemos las mujeres y los hombres que las habitamos, cotidianamente, históricamente.

Todo, entonces, iba muy bien hasta aquí. De repente, al introducirme más en el libro empecé a notar diferencias, posibilidades diversas, unas complementarias y otras no tanto. Las diferentes ver-

\* José Luis Lee y Celso Valdez (comp.), *La ciudad y sus barrios*, México, Universidad Autónoma Metropolitana, 1994.

siones se exponen con la objetividad que permite trabajar a los autores, un tema que a todos les apasiona. Cada uno de los artículos son producto de experiencias vividas, de acciones sociales que protagonizaron los propios expositores, de experiencias investigativas, de prácticas profesionales, de acciones artísticas. Ello hace al libro, por demás, interesante pero, al mismo tiempo, muy difícil de comentar.

Diría que hay cuatro líneas metodológicas sobre las cuales se podrían clasificar los artículos:

- En primer lugar, destaca que la mayoría de los capítulos ubican al barrio como la célula urbana fundamental, impregnada de identidad, de vitalidad y de fuerza motriz que lucha desesperadamente contra la ciudad, organismo en descomposición, inmenso laberinto, ejemplo de modernización capitalista, devastadora de identidades locales, producto de violentas urbanizaciones, sitio por excelencia de la globalización y de un proceso mundial que arrasa las formas sociales de la vida cotidiana.

- En segundo lugar, están algunos artículos que ven al barrio, desde la ciudad, entendida ésta como totalidad. Son el barrio, como cultura local, y las masas, como expresión de la gran concentración urbana, dos niveles diferenciados de identidad. Los barrios son creados por la urbanización, la urbanización va transformando las características intrínsecas de los barrios.

- Así resalta una tercera línea: el barrio como producto de constantes transformaciones históricas, y por lo tanto, de distintas formas de apropiación cultural y espacial por sus habitantes, y también, de distintas formas de identidad. La modernización impacta y transforma las identidades barriales, no solamente a partir del desarrollo del capitalismo industrial, sino a partir de cualquier proceso histórico económico, social y cultural, incluso de aquellos

que se dan al interior del barrio mismo. Lo importante aquí, además, es ubicar a las y los actores sociales que toman esas iniciativas modernizadoras, por fuera y por dentro del barrio, y aquellos que se van apropiando de tales iniciativas, transformándolas tanto como a sí mismos.

- Finalmente, está la línea de entender al barrio como expresión de identidades contradictorias, emergente, ahora, de una gran diversidad de culturas políticas. Así, podemos encontrar diferencias a partir de grupos étnicos, sociales, religiosos y políticos. Identidades que pueden expandirse e influir a la ciudad como universalidad y no sólo encerrarse en sí mismas. Localismos que buscan salidas políticas y culturales para apropiarse no sólo del barrio sino de la ciudad, como derecho ciudadano. Identidades contradictorias que están en sí mismas impregnadas de violencia y machismo, consumismo y sobrevivencia, solidaridad y egoísmo, liberación y conformismo, tradicionalidad y movilidad social.

Por estas razones, el libro, plantea dos elementos fundamentales:

- a) Nos ubica en el tema de las identidades y cultura urbanas a partir de lo territorial, que a su vez es visto como espacio, como morfología urbana, como instancia cultural y política, como historia y como futuro. Es entendida desde la perspectiva de arquitectos, planificadores, urbanistas, sociólogos, antropólogos, historiadores, economistas y artistas.

- b) Esta bienvenida multidisciplinariedad hace que el libro sea un punto de partida para el debate, porque en él se aprecian diferentes enfoques, a veces opuestos entre sí.

Este debate entonces es el que quisiera describir ahora. Me parece que podríamos ubicar la contradicción entre *la ciudad y sus barrios* en tres cuestiones que en la actualidad orientan el trabajo teóri-

co de las ciencias sociales: 1. El concepto de modernidad, 2. El debate entre la perspectiva estructural y la micro-historia, y 3. Las contradicciones de la cultura popular urbana.

1. *Sobre la modernidad*. La reciente globalización de nueva cuenta ha traído al debate los conceptos de modernización y tradicionalismo en medio de una gran ausencia de creencias y utopías. En un libro excelente de Marshall Berman titulado *Todo lo sólido se desvanece en el aire*, el autor nos dice que la modernidad son experiencias vitales y contradictorias que unen y desunen, desintegran y renuevan. Para Carlos Marx, la modernidad del siglo XIX soltó enormes energías revolucionarias, productivas y científicas, al mismo tiempo que mostraba síntomas y espacios de decadencia. Para Nietzsche el modernismo significó *la muerte de Dios* y el *advenimiento del nihilismo*. La humanidad moderna del siglo XIX se encontró descobijada, vacía de valores, en medio de una gran ausencia. Pero al mismo tiempo, nos dice Berman, junto a la crítica devastadora de la nueva modernidad este fue un tiempo de grandes posibilidades, de búsqueda de alternativas diversas.

Hoy estamos viviendo algo semejante. El muro de Berlín tiró los sueños de muchos, pero abrió otras posibilidades. El capitalismo a nivel mundial se consolidó por regiones, América, Europa y Asia. Y mientras que este capitalismo se asentaba mundialmente, globalizando la economía, las finanzas, la división internacional del trabajo y destruyendo los mundos de vida, las resistencias se fueron dando contra toda esta cultura del neoliberalismo a través de nacionalismos, luchas étnicas y fundamentalismos, desde la cotidianidad de la pobreza y el desgarramiento de las tradiciones.

Las teorías totalizadoras, contradictoriamente, van perdiendo sentido en la gente: el marxismo

ortodoxo, el funcionalismo, el estructuralismo. En contraste, el posmodernismo recorre el planeta como esencia de la modernidad actual, como propuesta afirmativa. Critica el modernismo puro que se desvincula de la vida social moderna, y se abre a la riqueza de las cosas, a la variedad, a la pluralidad, a la tolerancia. El posmodernismo parcializa el conocimiento y lo hace a-histórico; ya no se habla de acumulación de capital, del desarrollo de las fuerzas productivas, de la ciudad del capital, de clases sociales, de leyes universales; ahora se habla de industrialización, de urbanización, de sociedad civil, de élites, de barrios. Esto ayuda sin duda a evitar generalizaciones superficiales. Sin embargo, el posmodernismo con tal eclecticismo pierde su sentido crítico, pierde la fundamentación de su propuesta alternativa global, pierde el compromiso transformador.

Berman es un apologista de la modernización y de la modernidad. La modernización como desarrollo productivo, tecnológico y científico; la modernidad como el conjunto de valores modernos. La modernización atraviesa todas las fronteras geográficas, étnicas, de clase, de religión y de ideología. Este proceso es dramático y dialéctico. La diferencia estriba en cuáles son las peculiaridades de la modernidad y qué actores sociales son los que la impulsan. Marx decía que la burguesía fue la clase revolucionaria y moderna que sustituyó las sociedades solidificadas en el absolutismo y la religión, de ahí la frase: *todo lo sólido se desvanece en el aire* mencionada en el Manifiesto del Partido Comunista. Pero esta modernización que empieza a solidificarse en la sociedad burguesa se desvanecerá también para dar paso a otro tipo de modernización y de modernidad, con nuevos actores modernos, nuevas contradicciones, nuevas luchas modernas.

Un ejemplo, de cómo las peculiaridades de la modernización depende de cómo los actores sociales la impulsan, es la experiencia de la ciudad de San Petersburgo, fundada en 1703 por Pedro I. Esta ciudad fue pensada como la entrada de Rusia a la modernidad por parte de las clases dominantes y aristócratas. Pero San Petersburgo, en el siglo XIX, empezó a ser apropiada por las clases del pueblo, por los ínfimos empleados de las imponentes oficinas públicas, por artesanos, artistas, prostitutas y jóvenes estudiantes, hasta llegar al proletariado de la revolución de 1905, y después, la de 1917. Este proceso de apropiación de la modernidad desde abajo fue cortado de tajo por Stalin en la primera mitad del siglo XX. San Petersburgo dejó de ser la ciudad capital moderna por excelencia; el poder central se trasladó a la ciudad de Moscú, que siempre representó, a diferencia de San Petersburgo, la ciudad de la religión, de la tradición, de la visión hacia adentro, del nacionalismo gran ruso. Esta significación de la ciudad moscovita encajaba muy bien con la filosofía endógena *del socialismo en un sólo país* practicada e impuesta por Stalin durante toda su dictadura.

Por eso debemos ver la modernización no como una cuestión maquiavélica que pretende destruir las nostálgicas y románticas localidades urbanas o rurales, sino como un proceso contradictorio en el cual todas y todos estamos inmersos. Retomando nuevamente a Berman, diría como él, que la búsqueda no es la salida a las contradicciones sino cómo entrar en ellas para entenderlas y resolverlas. Los grandes pensadores del siglo XIX, incluyendo a Marx y a Nietzsche, creían en la humanidad para comprender el caos y al comprenderlo luchar contra él, o a través de él.

En esta contradicción, es importante, sin embargo, rescatar en el polo opuesto las característi-

cas específicas de las cosas. Por eso me parecen importantes los artículos del libro *La ciudad y sus barrios*, de José Buendía, Carlos González Lobo, José Luis Lee y Celso Valdez, Alberto Betancourt, Alejandro Ortega, Hugo García y Daniel Manrique, en donde la defensa del barrio es fundamental para resistir esa vorágine modernizadora que destruye todo, esa revolución que *busca el derrocamiento violento de todos nuestros valores y se preocupa poco de la reconstrucción de los mundos que destruye*. Un localismo que restaura la vida cotidiana, como la experiencia en Nueva York de la década de los 60, que se opuso al modernismo destructor del urbanista Robert Moses. Grupos de clase media rescataron la vida de la calle de los barrios de Soho y Greenweech Village en Nueva York, tanto como los habitantes de San Petersburgo transformaban y rescataban la calle Nevski, y como muchos otros ejemplos que los autores del libro destacan.

Pero cuidado, también está la otra cara de la moneda. Cuando sus habitantes rechazan al barrio, por sus aspiraciones a modernizarse. Así en Nueva York habitantes del Bronx se preguntaban *¿Van a destruir el Bronx? Bien, cuanto antes mejor, Yo quiero salir de esta inmundicia, quiero movilidad social, quiero modernizarme*.

Son estas contradicciones en las que hay que sumergirnos. Creo que los artículos de Priscila Connoly, Guillermo Boils, Manuel Perló y Georgina Sandoval van en esta dirección. En efecto, el análisis de los barrios tendría que incorporar un estudio de sus cambios y transformaciones, y de cuáles, seguramente, serán las transformaciones en el futuro, a través de las destrucciones modernizadoras, de las resistencias modernistas y de las alternativas modernizantes. Angel Mercado nos dice: *cabe afirmar que los barrios desempeñan un papel importante en la ciudad de masas, pero no para evitarla*,

sino por el contrario para contribuir a su constitución. De alguna manera, como en el Nueva York de los sesenta o el este de los Angeles del 68 o el San Petersburgo de 1905, querer hacer la defensa del barrio implicaría en todo caso, la lucha por su transformación como parte de un proyecto de modernidad alternativo.

2. *El segundo aspecto teórico tiene que ver con la relación del análisis macro-micro.* Una preocupación actual en las ciencias sociales es la conexión entre la visión estructural y la micro-histórica de los procesos locales. Charles Tilly, en su libro *Big Structures, Large Processes, Huge Comparisons*, por ejemplo, destaca la combinación de aspectos estructurales e históricos. Similar a las perspectivas de E.P Thompson, George Rudé e Ira Katznelson, Tilly considera que las fuerzas que se desatan desde abajo, a través de la creatividad de la gente ordinaria son impactadas, pero pueden impactar, también, en el nivel estructural. Lo importante para Tilly es ubicar dentro del sistema mundial diferentes unidades de análisis comparándolas y encontrando tanto las uniformidades como las variaciones; y al nivel microhistórico escudriñar las relaciones entre personas y grupos.

Nuevos paradigmas teóricos insisten en la relación entre lo general y lo particular, lo global y lo local. El neo-funcionalismo con Alexander en Estados Unidos o Richard Münch en Alemania, el sistema mundial de Immanuel Wallerstein, entre otros, destacan como Berman, el regreso y la relectura de los clásicos, buscar la conexión entre historia y sistema, entre texto y contexto, entre institución y cultura, entre individualismo y colectividad, entre la teoría de la acción y la teoría sistémica. Jurgen Habermas, heredero de la teoría crítica desde Adorno, Marcuse, Walter Benjamin, al criticar la razón funcionalista, busca también esta conexión entre el

sistema y el mundo de vida, entre lo estructural y lo cotidiano.

Esta preocupación de vincular lo global y lo local se encuentra en algunos artículos del libro *La ciudad y los barrios*. El comentario de Rodolfo Santa María es en este sentido sugerente. Él nos pregunta: cuando hablamos de los barrios ¿Hablamos todos de lo mismo? ¿Es la misma escala la que todos identificamos? ¿Qué define al barrio? ¿Su historia empírica? ¿Sus transformaciones? ¿Ser parte de una totalidad? Luego nos indica que la historia de los sectores de la ciudad debe hacerse para entender la ciudad toda, porque la historia urbana debe estar engarzada con la historia social. Si nosotros hacemos el análisis de los barrios o su historia a partir solamente de su localidad, podemos perder la perspectiva global. Si hacemos la historia de la ciudad sin entender las contradicciones de los barrios, colonias y sectores que la conforman, perdemos la especificidad e identidad, y no solamente de los barrios en sí, sino de la ciudad como conjunto. François Tomas en un artículo excelente sobre *La ciudad y las estrategias socioespaciales*, afirma que las estrategias de los actores sociales actúan sobre y en la ciudad, a todas las escalas, desde lo local, hasta lo planetario. Así las identidades exógenas o endógenas dependerán de la escala, si es un barrio o una vecindad, una ciudad o una región, la nación o el continente; pero también dependerá de los referentes con los cuales comparamos tales niveles.

Pero, por otro lado, no debemos pensar que todos los habitantes de los barrios desean mantener los mismos esquemas espaciales y de redes sociales como las han tenido hasta ahora (ya veíamos el caso del Bronx: *¿Qué lo quieren tirar? ¡Qué lo tiren!* Los movimientos sociales urbanos, por ejemplo, desde la década de los setenta lucharon por

romper la visión local de los problemas urbanos para apropiarse de una conciencia totalizadora, primero de la ciudad, después del país, después del planeta. En 1986, la Asamblea de Barrios declaraba que la demanda fundamental de su organización era el derecho a la ciudad. Esta organización conformada por barrios nunca dijo que el fin último era la lucha del barrio, sino la ciudad toda. Los movimientos sociales entendían que tener una identidad local restringía la participación a lo local. Héctor Rosales nos indica en su artículo que las identidades-barrios son aquellos *grupos sociales que tienen una movilidad restringida en la ciudad de masas*. En cambio aquellos grupos que *tienen mayor movilidad reestructuran sus sentidos de pertenencia y participación, encontrando otras fuentes y motivos de identificación*.

Estas contradicciones deben ser vistas para ubicar las potencialidades y limitaciones de los barrios en su requerida liberación social. De otra manera entenderíamos la relación ciudad-barrio como elementos antagónicos. Si seguimos con Héctor Rosales, el autor nos sitúa: *Los discursos convencionales sobre la ciudad y los barrios oponen: identidad y anomia. . . arraigo y desarraigo. . . seguridad e inseguridad. . . privado y público. . .* Estas dicotomías, en efecto, separan la relación de los barrios del contexto. Al contrario, los barrios son células en constante transformación, no son elementos estáticos.

3. *El tercer y último aspecto teórico que quiero resaltar aquí es el de la cultura urbana popular*. Habría que decir que la cultura popular puede tener muchas formas de apropiación y manifestación, y no todas necesariamente defendibles. La defensa a ultranza de la cultura indígena, por ejemplo, borra de un jalón las terribles manifestaciones culturales que implica la división sexual del tra-

bajo, y el sometimiento de la mujer a una estructura completamente patriarcal. Si olvidamos esto, por ejemplo para el caso de las etnias chiapanecas, no podemos entonces entender cómo el alzamiento del EZLN está modificando la vida cultural de los combatientes, de la gente de apoyo, de las comunidades. La incorporación de las mujeres a niveles de mando en el Ejército Zapatista revolucionó la concepción de los indígenas sobre la relación hombre-mujer. Y esto es un cambio en la cultura, fundamental, histórico.

A veces, cuando hablamos del barrio lo asociamos generalmente, como nos dice otra vez Héctor Rosales, con contenidos *cálidos* o positivos, mientras que la ciudad se representa como un mundo desconocido y peligroso. La cultura del barrio tiene en efecto manifestaciones hermosas y rescatables como las redes sociales y la solidaridad. Aspectos que han sido mostrados inteligentemente por Vicente Leñero y Jorge Pons en la película *El Callejón de los Milagros*. Pero también, los barrios presentan enormes contradicciones como el machismo y la violencia, también representados en esta película, a través de Don Rutilio (Donru) y su hijo Chava.

Georgina Sandoval, Armando Palomo y Lorenzo Gutiérrez nos abren, en este último sentido, un panorama más complejo. En los barrios está la necesidad de mantener la tradición, pero también, la aspiración de volverse clase media para muchos sectores de bajos ingresos, de obreros, de vendedores ambulantes. Es una aspiración que tiene raíces históricas, porque los barrios fueron de indígenas, luego de mestizos, luego de artesanos y proletarios, ahora de comerciantes y traficantes. Son cambios en la composición social y étnica de sus habitantes, que reflejan las contradicciones en la cultura barrial y la segmentación de las identidades.

El asunto es, que si los barrios cambian constantemente, y queremos nosotros defender la identidad barrial ¿a cuál identidad nos referimos, a cuál cultura? En el libro *La ciudad y sus barrios* podemos encontrar referencias históricas sobre la constitución y las constantes transformaciones de los barrios. ¿Dónde parar? Sería una pregunta. ¿Cuál es el momento ideal para un barrio al que hay que guardar su identidad y solidificar su futuro? ¿A qué tipo de identidad nos referimos como la verdadera? ¿A la identidad que se fundamenta en la religión católica, conquista espiritual de los colonizadores? ¿A la identidad que se formó en la época de la Colonia como producto de una mezcla social, étnica y cultural profunda? ¿A la identidad del barrio proletario? ¿Cuál es la identidad de los chicanos, y de los barrios chicanos sino una mezcla de tradición latina, mexicana, con la tradición del ciudadano estadounidense, con derechos ciudadanos estadounidenses, y además con experiencias individuales devastadoras para muchos como la guerra de Vietnam o la del Golfo Pérsico? En el caso de la colonia Roma, por ejemplo, que nos muestra excelentemente Manuel Perló ¿A cuál momento histórico nos referimos? ¿Es el modelo Porfirista el rescatable? ¿Es la segregación étnica entre judíos, libaneses y mexicanos? ¿Es la segregación social entre las diferentes Romas? ¿Es la vivienda unifamiliar contra la multifamiliar? ¿Es la zona comercial de Sears o los altos edificios de oficinas? ¿Son los ejes viales destructores del ambiente o son las palmeras efímeras de la avenida Yucatán?

### Para concluir

Si leemos el libro *La ciudad y sus barrios* nos mostrará un mosaico variado de experiencias, visiones y enfoques. El debate está ahí. Es la ciudad o sus

barrios; o es la ciudad y sus barrios. Superbarrio, con sus vecinos, quiere construir una organización social a partir de los barrios. Esto significa sacar a la gente de la localidad barrial para que interactúen y comuniquen experiencias vitales (la modernidad en términos de Berman) con gente de otras localidades barriales. Culturalmente, buscan modificar las contradicciones internas, la violencia interna, la violencia social de la vecindad, de los lavaderos, del patio, de las riñas infantiles; o luchan por hacer realidad el deseo de muchos de vivir en casa propia, con baño propio, con agua corriente, con lavadero propio.

Superbarrio está buscando, a partir de los barrios mismos, salir del atolladero localista y reivindicar el derecho a la ciudad. *La ciudad del futuro es la ciudad que tenemos que ganar hoy* nos dice, y explica sarcásticamente *yo no soy tan chovinista como los tepiteños*. La ciudad del futuro es una ciudad necesariamente transformada, y si la ciudad es producto de los barrios, la ciudad transformada del futuro deberá ser necesariamente producto de la transformación de sus barrios.

El problema, entonces, no es si los barrios deben cambiar o no. El problema es quién decide en la ciudad. Quién decide si los barrios deben transformarse o no. Quién decide el tipo de ciudad que queremos. El problema es, entonces, de democracia y de participación ciudadana. Un aspecto que está siempre presente en este libro de *La ciudad y sus barrios*.



Chitralekha 96